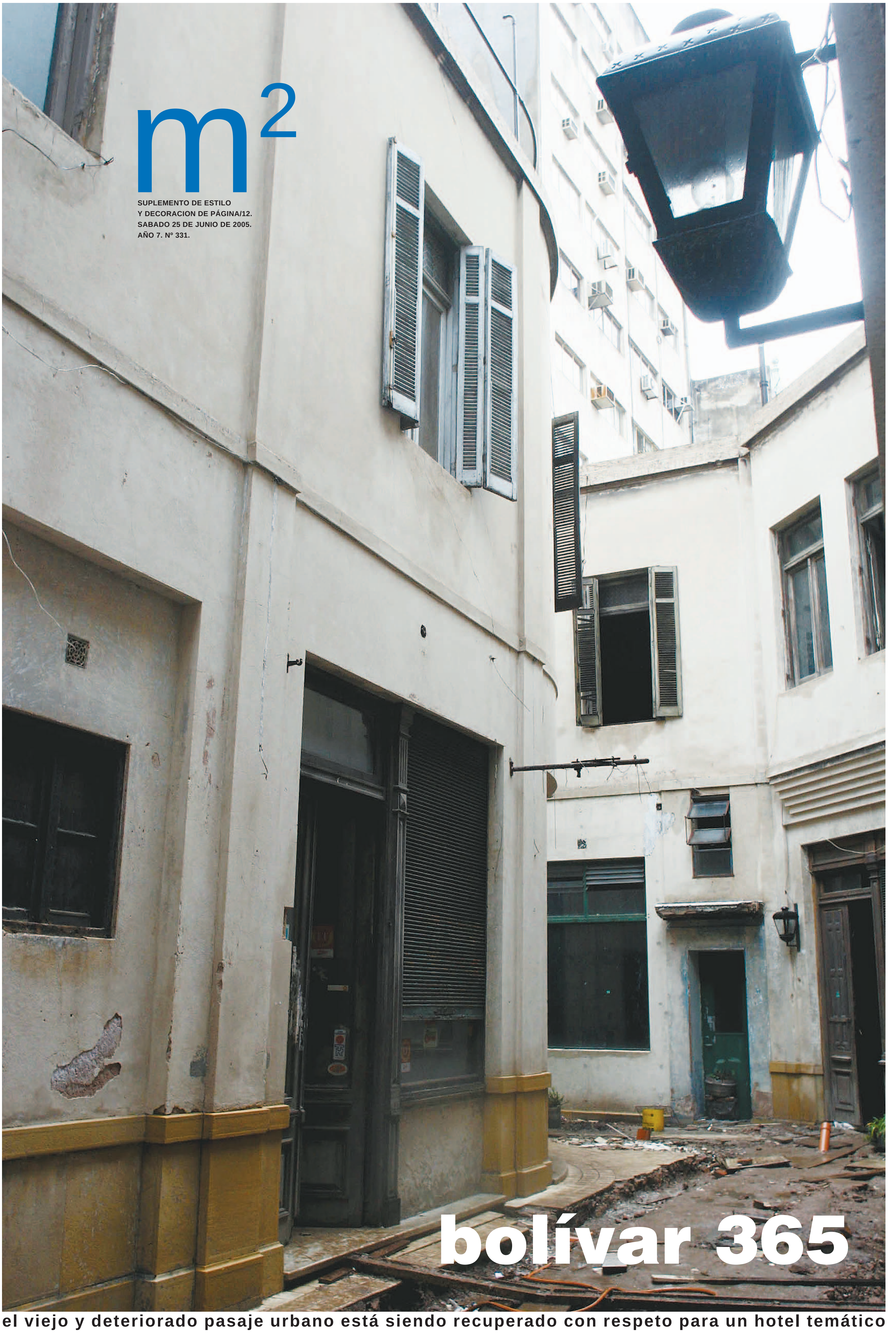
m2

SUPLEMENTO DE ESTILO
Y DECORACION DE PÁGINA/12.
SABADO 25 DE JUNIO DE 2005.
AÑO 7. Nº 331.



bolívar 365

el viejo y deteriorado pasaje urbano está siendo recuperado con respeto para un hotel temático



Desde el jardín

POR MATIAS GIGLI

La obra de Roberto Mullieri como paisajista se puede ver desde la semana pasada en su libro *Paisajes Esenciales*. Con amplias fotos color, el volumen reúne los trabajos de un paisajista que trabaja tanto en distintas regiones de nuestro país como en Uruguay.

Es interesante ver cómo Mullieri acompañó en todos sus años de trabajo el desarrollo de una profesión que en un principio se llamó jardinería y ahora se llama diseño del paisaje. Cómo desde un comienzo transitó por la Facultad de Agronomía, aprendiendo los rudimentos de un jardín, y como el aprendizaje de esta antigua disciplina se fue complejizando como carrera universitaria hasta llegar en nuestros días a ser una de las seis carreras de la Facultad de Diseño y Urbanismo de la UBA.

El trabajo de Roberto Mullieri acompaña el crecimiento de esta rama del diseño y lo hace desde un saber práctico. Quien conoce de especies puede después pensar un lugar y disponer de los cambios de colores durante las cuatro estaciones del año. Mullieri parte de jardines hasta llegar hoy en día a diseñar el paisaje de proyectos arquitectónicos como Santa María de los Médanos, de Mariano Clusellas, en José Ignacio, Uruguay; grandes proyectos de barrios cerrados, el Club del Lago Golf en Portezuelo o proyectos de espacios públicos para la ciudad de Evanescente, también en José Ignacio, departamento de Maldonado.

El libro está prologado por Margarita Montañez, Pradial Gutiérrez, Nora Jofré Ocampo y Martha Marengo de Tapia, y tiene la virtud de transitar por esta disciplina ilustrando criterios con paisajes autóctonos que no abundan en nuestra bibliografía.

Para Pradial Gutiérrez la obra de Mullieri "tiene un lenguaje despojado de artificios, directo, descontaminado, condición estrechamente ligada a la expresión esencial de sus ideas".

Fotos: Daniel Jayo







Trabajos: abajo, el local principal, futura tanguería. Arriba, escaleras y claraboyas a reparar, ventanales originales rescatados y uno de los locales, con sus carpinterías intactas.







La vuelta del pasaje

Bolívar 365 aloja un pasaje urbano cargado de historia y muy venido a menos. Con mucho cuidado, está siendo recuperado para un hotel temático.

POR SERGIO KIERNAN

Buenos Aires no es una ciudad de pasajes, herramienta europea y medieval que no se lleva con la cuadrícula española. La explicación es simple: si vas a fundar una ciudad en tierra nueva, la hacés bien, con terrenos grandes, avenidas amplias, calles derechas y planes racionales. Uno no cruzó el mar para repetir la estrechez y el caos urbano del viejo país.

Resultó que la cuadrícula no acepta con gracia el pasaje y menos en una ciudad de llanura donde no hay barrancas que lo justifiquen, como sí ocurre, por ejemplo, en Río, ciudad montañosa donde se hace lo que se puede. Los pasajes porteños son, entonces, escasos, perdidos por ahí y generalmente resultantes de experimentos urbanísticos, como el barrio pequeñín de Jonte y Nazca o el galimatías del Parque Chas.

Tampoco abundan los pasajes peatonales. Hay alguno famosón en Once, sobre la avenida Rivadavia, otro en Alsina frente al Spinetto y pocos más aquí y allá. Por eso, la noticia de que se está restaurando el de la calle Bolívar llegando a Belgrano se puede leer como la puesta en valor de un objeto raro, apreciado, escaso.

Hasta hace poco, el pasaje de Bolívar 365 no pasaba de ser un caso más del deterioro promedio del centro viejo. Poblado de restaurantes dedicados a alimentar oficinistas y oficinas de la menor categoría posible, de noche cerraba a cal y canto excepto para sus escasos inquilinos permanentes. Era un triste penar para un edificio con un muy peculiar lugar en la historia: fue la sede de la firma de Lepage y Glucksmann, los primeros productores de cine del país y los dos visionarios que descubrieron y grabaron por primera vez a ese muchacho tan simpático, Carlitos Gardel.

Eran otros tiempos. El edificio había sido construido como una inversión inmobiliaria por la aseguradora La Continental, en 1895. El negocio había implicado tomar varios terrenos de la esquina de Bolívar y Belgrano para edificar un predio que contenía un pasaje en L que comunicaba por dentro ambas calles y funcionaba como galería comercial al aire libre. El conjunto fue dividido en los años cuarenta en dos consorcios. Lo que se ve hoy es el de Bolívar: el de Belgrano cayó bajo la piqueta para ser reemplazado por una torre de alarmante mediocridad. Por eso es que el pasaje termina abruptamente en un muro.

La obra que financió La Continental era profundamente italianizante, parecida al viejo hotel Phoenix de San Martín y Córdoba. Lo que queda de este estilo no pasa de lo arqueológico, porque el edificio fue completamente remodelado en la década del veinte en estilo Art Decó. Todas las superficies fueron alisadas y cubiertas en símil piedra, las decoraciones desaparecieron y los baños y cocinas reemplazaron sus mayólicas inglesas de rosas coloradas por secos azulejos blancos y negros alemanes. La obra no fue completa, ya que los interiores siguieron iguales. La fachada recibió un revoque nuevo y un mínimo de ornamento geométrico, pero mantuvo sus cerramientos de hierro y madera originales. Fue la última vez que el edificio recibió algún tratamiento. Los siguientes ochenta años fueron de degradación, con un mínimo mantenimiento que lo mantuvo mal que mal en pie.

Aquí entra en escena la arquitecta Ana María Carrió, encargada por la familia Cassará de transformar el edificio en un hotel temático, el Tang Hotel. El plan es francamente original: el viejo conventillo es apenas transformado para recibir pasajeros, los locales siguen siendo locales, uno funcionando como recepción y lobby, otro como tanguería y restaurante. Los futuros turistas recorrerán la calle a cielo abierto para ir a sus habitaciones, que serán pocas y de techo alto, con baño privado y muchos detalles de época. Lo que se dice, una "experiencia local". El diagnóstico de la arquitecta asume que Bolívar 365 posee un sedimento histórico y estilístico que hay que respetar. La idea central es recuperar el aspecto de la reforma de los años veinte, restaurando las muchas fachadas exteriores e interiores, y manteniendo detalles como los carteles de circulación y los números de los departamentos, hechos en madera con tipografía Decó. A la vez, un par de empleados de la firma ya se especializaron en molduraje en la Escuela Taller de la Ciudad, para recuperar parte de la decoración interior italianizante, que no desapareció por reformas sino por nulo mantenimiento. Ya aparecieron, aquí y allá, rosetones y ménsulas ornamentales que están siendo copiados con paciencia.

La mitad sobreviviente del edificio de La Continental tiene planta baja y dos pisos en el cuerpo que da a Bolívar, y planta baja y un piso en los dos cuerpos que dan al pasaje en sí. En todos los casos se accede por escaleras distribuidas parejamente a lo largo de la calle interior, que llevan a vestíbulos de circulación absurdamente amplios, como patios interiores. Los departamentos originales tienen números variables de ambientes, baño completo y cocina, lo que facilita convertirlos en habitaciones de hotel en suite. Una de las tareas que se están realizando es el rescate prolijo de azulejos y mayólicas en cada baño y cocina, para recolocarlos. Lo mismo ocurre con una verdadera colección de bañaderas enlozadas con patas de león y muchos sanitarios originales.

Carrió abjura de eso de tirar paredes abajo y sólo va a alterar la planta de un local, el que será restaurante, que de todos modos ya fue completamente cambiada a lo largo de su largo siglo de vida. De hecho, el único cambio drástico en el predio será la urbanización de la terraza, hoy un mar de carpeta asfáltica y cables, que será un jardín urbano. Para no alterar el aspecto del pasaje, en lugar de rejas se usarán vidrios como parapeto, bien retirados para que no se vean, y el puente que unirá ambos lados será lo más liviano posible y probablemente acabe en los fondos, para que no corte el cielo.

La obra se está haciendo con tiempo. Por ahora tomó lo más básico –cubiertas, cañerías, instalaciones– y la larga tarea de comunicar los sótanos de los dos locales principales con un túnel que será también una cava. La limpieza general de remodelaciones, agregados y demás porquerías ya permite ver unas columnas de fundición de elegancia atemporal, además de ladrillerías tan bonitas que algunas partes quedarán expuestas como parte de la decoración. Cateando aquí y allá, Carrió encontró sorpresas. Por ejemplo, que el cielo raso del hall de entrada, una superficie lisa con infinitas capas de pintura, es falso y esconde su ornamentación original de ménsulas estriadas y molduras de huevo y flecha.

Otra preocupación es la inserción urbana del nuevo hotel. La fachada será recuperada y recibirá muy discretos ornamentos ya perdidos. Los balcones, estropeados que ni a propósito, serán reconstruidos y decorados con piezas escultóricas de Carrió, que también ejerce la plástica. Como la torre vecina –ésa de la mediocridad llamativa– está retirada de la vieja línea municipal, se abrirán ventanas al costado. Todos los cerramientos originales están siendo recuperados y los centrales van a conservar hasta sus celosías de madera.

Tomará su tiempo, pero la ciudad va a recobrar un espacio masticado por el descuido, uno abierto al público y en el medio de esa zona gris entre Plaza de Mayo y San Telmo que no termina de encontrar su vocación. Es además un edificio hermoso y cargado de historia, que parece estar en buenas manos ■

El concurso del Club de Amigos

El grupo integrado por Juan Martín Rojas, Andrés Virzi, Carolina Gurovich, Tomás Podestá y Solana Gicovate ganó el concurso para una obra a escala urbana organizado por el Club de Amigos, que festeja sus veinte años. El jurado integrado por Hugo Kogan, Flora Manteola, Luis Grossman, Hugo Masci y Ronald Shakespear seleccionó la obra entre los proyectos presentados para el trabajo que será construido en el frente del Club, del lado interno de la reja sobre la avenida Figueroa Alcorta. El tema de la obra, según las reglas del concurso, expresa la pasión por el deporte y el juego limpio. Para el jurado, el proyecto premiado "opera con gran inteligencia y sensibilidad sobre los elementos existentes, reja, talud, que inevitablemente preceden y tamizan la visión desde el exterior de cualquier intervención que se desarrolle en el prado interior. La anomalía o explosión que se produce en la reja genera espacios, playones, muros que seguramente convocarán a deportistas y paseantes a interactuar. Es un hecho estético no sólo para la contemplación lejana de observadores sino que invitará a la participación y determinará un foco significativo en el parque". El segundo premio en el concurso fue para el equipo integrado por Rafael Audivert, Roberto Barcala y Sebastián Pacífico. El tercero fue para Ezequiel Martín Bebchuk. Hubo menciones especiales para los grupos integrados por Diego Arraigada y Nazarena Infante, y Julia Lescano, María Elena Risso, Leandro Sbarra y Pablo Szelagowski.

CON NOMBRE PROPIO

Volver al pasado

La etiqueta 28 Sport diseña y recrea el calzado deportivo de los cuarenta y cincuenta en partidas diminutas, cantidades de combinaciones de colores y artesanía de antaño.

POR LUJAN CAMBARIERE

Carlos Schongut, Edgardo Sanzo y Andrea Hecker vienen de la publicidad y el marketing. Se licenciaron, trabajaron en empresas multinacionales y –paradójico o no– después de estrenar el siglo 21 crearon una marca que remite a los tiempos en los que la publicidad era ingenua, el marketing no existía y la única forma de tener éxito era hacer las cosas bien. Se tomaron su tiempo para explorar y rescatar moldería, matrices, materiales y sobre todo el trabajo de maestros artesanos del calzado. Inspirándose en modelos deportivos provenientes del fútbol, boxeo, golf, rugby, hockey, alpinismo, atletismo y bowling de la década del ‘50 ofrecen a través de su etiqueta 28 Sport ediciones limitadas y cantidades mínimas con la factura de antaño.

Fotos: Pablo Piovano



La línea 28 Sport en el local retro, y abajo uno de los ejemplares de época del museo de originales.

Va de vuelta

“Para nosotros la palabra retro no existe. Lo nuestro es más bien histórico, un túnel del tiempo. No volvimos a otra época por la estética, sino que quisimos recuperar las creencias y valores en la producción de un objeto. Volvimos atrás en tren de rescatar la calidad”, aclara Sanzo. Así en una primera instancia junto a Schongut, que trabajaba en Berlín y Barcelona, recorrieron Alemania e Inglaterra buscando el origen del calzado deportivo de los cuarenta y cincuenta. “Eso fue sólo una parte del proceso. Porque una vez que dimos con algunas molderías originales, fotos y hasta productos en mercados de pulgas, que desarmábamos para ver cómo estaban hechos, nos pusimos a la caza de este oficio perdido ante el modelo de la rotación y el vértigo del consumo”, suma Sanzo. “Una época en la que el marketing no existía. No había megacampañas publicitarias con productos hechos en Vietnam con un costo de producción diez veces menor al de la campaña. Con esto hicimos una especie de contramarketing. Quisimos que el eje estuviera puesto en el producto”, agrega Schongut.

Los artesanos locales, en la mayoría de los casos inmigrantes italianos que vivieron su época dorada cuando la Argentina era una plaza muy importante, sin dudas vencidos por la realidad no entendían esta intención de rescate. “Al principio, descreídos, nos explicaban que ahora existían suelas más livianas que simplemente se pegaban en cuestión de minutos. Ellos mismos boicoteaban su propio oficio vencidos por la poca valoración que tenía. Pero otros se emocionaban y retroalimentaron la apuesta aportando desde matricería a materiales. Como la gente de la firma Ingrata, de las suelas Febo, que nos cedió la matriz de suela de caucho de una zapatilla que hacían en el ‘46”, cuentan.

Todos aportes que les permitieron abordar al producto que hoy ostentan. Zapatos de caña baja, media o alta con capelladas de cuero natural, costuras y punteras reforzadas, interiores de cuero, pasadores de cordones de bronce, suelas, entresuela y tacos de caucho cosidos, pegados y clavados en combinaciones de colores también muy típicas de la época como borravino y pana, o negro y pana, entre otros.



Casi personales

“Hicimos muy pocos: éste y el derecho”, dan cuenta desde una postal de su publicidad no tradicional. Es que otra de las características de la etiqueta es la exclusividad. Una vez que se les agota la “tarea” (así se denomina a la producción de doce zapatos, la progresión del 36 al 45) cambian de colores. A la vez, del sobrante de materiales nacieron los “fuera de serie”. “Fuera de serie de esos doce que hacemos con una especie de efecto cenicienta. De doble juego de enamoramiento: te tienen que gustar y a la vez tiene que ser tu talle. Siempre hay un solo destinatario para ese par que está hecho al azar”, señala Sanzo.

Además, el local de estilo Fifties suma un museo donde los nostálgicos pueden dar rienda suelta a la emoción a través de los sacachispas, el típico botín de potrero que fabricaba Alpargatas, botines de fútbol ingleses de los años ‘30 o zapatos de golf de la casa Guante, de los ‘70, entre otros. Hoy, que además exportan pequeñas partidas a Alemania, Irlanda, Dinamarca, Suecia y Holanda, piensan ampliar la línea a prendas de jean y cuero, también como los de antaño ■

**28 Sport: Fitz Roy 1962, 4776-6007,* www.28sport.com

Lugares en peligro

El National Trust for Historic Preservation, la formidable ONG norteamericana que da la pelea para conservar el patrimonio edificado en uno de los peores ambientes posibles, acaba de publicar su tradicional lista de edificios y lugares en peligro. Curiosamente, un ítem de la lista está en La Habana. El Trust es una institución nacional que genera todo tipo de recursos para ONG locales y para individuos, además de intentar generar legislación de todo nivel y de custodiar edificios, comprados o dados en padrinazgo. Su lista es una señal de alerta que, a veces, sólo a veces, tiene el efecto de generar sinergias que salven edificios o ámbitos. La de este año incluye:

La casa Ennis-Brown, Los Angeles, California. Una de las obras más famosas de Frank Lloyd Wright, fue gravemente dañada en el terremoto de 1994. Las fisuras permitieron entrar las fuertes lluvias de 2003/2004, lo que comprometió aún más su integridad. La casa, propiedad de una ONG que la tiene como museo, está cerrada y su reparación excede los fondos disponibles.

Finca Vigía, San Francisco de Paula, Cuba. La casa de Ernest Hemingway entre 1939 y 1960 en lo que entonces era un pueblo de pescadores y hoy es casi un suburbio habanero corre un muy serio peligro estructural. La quinta en la punta de una loma, rodeada de jardines, no es un edificio de valor intrínseco pero es una cápsula del tiempo con todo su contenido original. El Trust y la Fundación Hemingway ya enviaron un equipo de arquitectos e ingenieros a realizar estudios urgentes.

El Hotel Belleview Biltmore, en Belleair, Florida. Inmenso, elegante, el hotel es desde 1897 un imán de celebridades, empresarios y presidentes. Curiosamente, el problema no es que al hotel le vaya bien sino que sus dos hectáreas de parque, ahora rodeados de suburbios, valen una fortuna. Hay planes para demolerlo y transformar esas dos manzanas en un barrio cerrado.

Campo Security, condado de York, Pennsylvania. Otro futuro barrio cerrado amenaza este pedazo de campo suburbano donde todavía se conserva el único campo de prisioneros de la guerra de independencia, construido en la década de 1780.

Granja Daniel Webster, Franklin, Nuevo Hampshire. La casa del político y orador muerto en 1852 también resulta un tesoro económico. Sus 60 hectáreas conservan la granja (hoy un museo), los galpones de trabajo y la escuela fundada por los descendientes de Webster para huérfanos de la guerra civil. Todo puede ser demolido para hacer otro condominio.

Colegio Eleuteriano, Madison, Indiana. Fundado en 1848, su bellísimo edificio fue vandalizado y sufre el abandono rural. El servicio de Parques Nacionales lo restauró en parte, pero no tiene fondos para rescatarlo.

El centro de Detroit, Michigan. El centro de la capital automotriz de EE.UU. está en completa decadencia y sus magníficos rascacielos de los años ‘30 y ‘40 amenazados por una lista de demoliciones compuesta por la misma municipalidad. El año pasado ya se demolió el espectacular hotel Madison-Lenox.

Iglesias históricas del Gran Boston, Massachusetts. La monumental crisis de la Iglesia Católica en una ciudad donde históricamente fue fuerte está dejando vacantes edificios de altísimo valor patrimonial. Las iglesias en desuso serán vendidas y nada impide que sean demolidas.

Isla King, Alaska. Los edificios históricos de esta pequeña isla, hogar tradicional de los esquimales Inupiat, están por desaparecer. Activistas indígenas están tratando de salvar lo que queda de su pasado.

Sistema Nacional de Conservación de Paisajes, estados del oeste. Abarcando diez millones de hectáreas en 12 estados del oeste, el Sistema abarca decenas de monumentos, lugares históricos y áreas naturales protegidas. El problema es que la crónica falta de fondos impide frenar el constante vandalismo, los robos de objetos, la caza furtiva y el uso ilegal de tierras.

Corredor de “La Tierra Consagrada”, Virginia, Maryland y Pennsylvania. El corredor abarca cientos de lugares históricos, incluyendo las casas de seis presidentes, docenas de campos de batalla de la guerra civil, áreas naturales y decenas de “estaciones” del “ferrocarril clandestino” que contrabandeaba esclavos del Sur a los estados libres. El conjunto es amenazado por la expansión de suburbios.